

**EL ESCEPTICISMO  
EN LA HISTORIA**



## El escepticismo antiguo: Pirrón de Elis y la indiferencia como terapia de la filosofía

RAMÓN ROMÁN ALCALÁ\*

**Resumen:** El escepticismo filosófico se ha convertido en una de las tradiciones más poderosas de la historia de la filosofía. Es un hecho que el escepticismo filosófico existe, pero es problemático reconocer al escepticismo como una doctrina filosófica. El escepticismo griego, apoyándose en un analogía médica, se presenta como una cura para purgar la vida humana de cualquier compromiso cognitivo, de cualquier creencia. Pirrón es el único escéptico antiguo a quien los doxógrafos atribuyen una vida única, que podría llamarse «vida sin creencias». Su actitud cotidiana dista mucho de las expectativas propias de la vida convencional de otros escépticos. Este artículo afirma que, según el proyecto pirrónico, lo importante no es aceptar algún tipo de filosofía, sino *vivir* sin creencias, lo cual llevará razonablemente a la felicidad.

**Palabras clave:** escepticismo, pirronismo, vida sin creencias.

**Abstract:** Philosophical Scepticism has become one of the most powerful traditions in the history of philosophy. It is a fact that philosophical Scepticism exist, but it is also a problem for Scepticism to be acknowledged as a philosophical doctrine. Greek Scepticism, adhering to a medical analogy, offers itself up as a radical cure to purge human life of all cognoscitive commitment, of all belief. Pyrrho is the only Ancient Sceptic to whom doxographers attribute a unique life that could be termed a life without beliefs. His daily attitude is a far cry from the expectations of the conventional life led by all other Sceptics. This article states that the Pyrrhonian project believes that it is not important to accept any kind of philosophy, but rather *to live* without beliefs, which will reasonably lead to happiness.

**Key Words:** scepticism, pyrrhonism, life without beliefs.

### Introducción

Cualquier intento por aclarar o analizar un movimiento filosófico tan complejo como el escepticismo debe estar presidido por dos consideraciones previas. La primera, que es *un hecho* que el escepticismo filosófico existe<sup>1</sup>. La segunda, que es *un problema* que el escepticismo sea reconocido como doctrina filosófica; lo cierto es que ya en la antigüedad se dividían los que pensaban que era

---

Fecha de recepción: 16 abril 2005. Fecha de aceptación: 28 septiembre 2005.

\* Universidad de Córdoba. Área de Filosofía. Plaza del Cardenal Salazar, 3. 14071 CÓRDOBA.

- 1 Sexto acepta en un texto muy citado que entre aquellos que usaron un criterio de verdad, unos creyeron encontrarlo en el discurso racional, otros en las evidencias no-racionales y unos terceros rechazaron estas dos posibilidades. Entre estos últimos, y esto es lo interesante, cita a un grupo de filósofos muy singular: Jenófanes, Protágoras, Gorgias, Metrodoro y Anaxarco (maestro de Pirrón), y especifica más: «Y entre éstos están los llamados escépticos». Sexto, *Pròs Mathematikóis*, VII, 47-48 (en adelante *M*).

una escuela y los que no<sup>2</sup>. Por ello, es más difícil que en otros movimientos encontrarle un iniciador. Este aspecto nos lleva a considerarlo, razonablemente, más *como una actividad que como una doctrina*; en ese sentido, no puede ser una norma que obligue, sino más bien una capacidad de acción<sup>3</sup>.

Las consecuencias de esta afirmación son previas a cualquier intento de desvelar su significado; todo aquél que sigue este movimiento debe reconocer las propias deficiencias del mismo. Por eso, nadie puede dudar absolutamente, desde una posición indudable; para que un hombre dude tiene que juzgar de alguna forma mediante el razonamiento y declarar los motivos que le llevan a dudar de algo, dicho de otra forma, debe poner en duda hasta la propia duda que lo sustenta<sup>4</sup>.

El escepticismo griego, adhiriéndose a una analogía médica<sup>5</sup>, propone como cura radical purgar la vida humana de todo compromiso cognoscitivo, de toda creencia. El escéptico por ser un amante de la humanidad, quiere curar en lo posible la arrogancia y el atrevimiento de los dogmáticos. Sexto no quiere convertir este movimiento en una secta con dogmas establecidos o con un *iniciador-maestro*, y reconoce que el escepticismo *no es una escuela como las demás, sino una actitud*, y por eso es absurdo atribuirle un iniciador. Dicho de otra forma, el escepticismo está intrínsecamente establecido en el acto de pensar, es decir, es una disposición y no una doctrina, por lo que *reclamar una figura, sea la que sea, como maestro sería una contradicción*. Sin embargo, y a pesar de mis palabras, ya en la antigüedad, Pirrón de Elis<sup>6</sup> era reconocido como el que *mejor encarnó el ideal escéptico por excelencia*. ¿Cómo podemos explicarlo?

## 1. El ejemplo de la vida de Pirrón como fórmula filosófica

El escepticismo filosófico se ha convertido en una de las más potentes tradiciones de la historia de la filosofía<sup>7</sup>. Los comienzos del escepticismo filosófico son singulares. No sólo se advierte en

2 «Así pues, la mayoría no admite que los pirrónicos sean una escuela, por la falta de claridad (de su doctrina); algunos dicen que en algún sentido es una escuela, en otro no lo es; parece, sin embargo, que es una escuela, pues llamamos escuela a la que sigue o parece seguir un razonamiento según los fenómenos, por lo cual es razonable que llamemos escuela a la escéptica; pero si por escuela entendemos la adhesión a doctrinas desarrolladas coherentemente, entonces de ningún modo se podrá ya llamar escuela, pues no se apoyan en firmes creencias». Diógenes Laercio, *Vitae Philosophorum*, VI, 20 (en adelante D.L.).

3 «La corriente escéptica es una facultad... La llamamos, por cierto, facultad no en un sentido artificioso, sino, sencillamente, por cuanto es una capacidad (ser capaz de algo, δύνασθαι)». Sexto, *Hipotiposis Pirrónicas*, I, 8 (en adelante H.P.).

4 Cf. Sexto, H.P., I, 206-207.

5 Cosa bastante común en la antigüedad clásica es la utilización de la analogía médica y la filosofía. Cicerón en las *Disputatio Tusculanae*, 3, 6 lo dice claramente: «Existe, os lo aseguro, un arte médico para el alma. Es la filosofía, cuyo auxilio no ha de buscarse, como en las enfermedades del cuerpo, fuera de nosotros mismos. Hemos de procurar con todos nuestros recursos y todas nuestras fuerzas ser capaces de ejercer de médico de nosotros mismos». Cf. también al mayor de los filósofos estoicos que también usa esta metáfora de forma obsesiva: Crisipo, SVF, 3, 471.

6 Nació en Elide ciudad situada en la parte nord-occidental del Peloponeso, al lado de la región de Acaya, en torno al año 360/365 a.C. Hijo de Plistarco, parece que en su juventud (345/340) se dedicó a la pintura y, posteriormente, se aplicó al estudio de la filosofía escuchando a Brisón primero, discípulo de Sócrates, y a Anaxarco de Abdera después. Una decisión clave en su vida fue enrollarse, junto con Anaxarco su maestro, en la expedición que Alejandro Magno inicia en el 334 a.C. hacia Asia. Esta decisión va a posibilitar una serie de contactos filosóficos con otras formas diferentes de sabiduría que influirán en su filosofía de manera singular. Así, su relación con los magos, que parecen ser sacerdotes persas, y los gimnosofistas (sabios desnudos), que son los *brachmānes* permite la unión de dos modelos o esquemas de pensamiento distintos: el griego y el oriental.

7 No sólo por las famosas sucesiones de filósofos en las que Diógenes Laercio deriva el escepticismo del propio Homero, sino también por la recuperación del escepticismo pirrónico en el Renacimiento con Erasmo o Francisco Sánchez, así como la batalla moderna gnoseológica con Bailey, Descartes o Hume, para terminar con la praxis filosófica contempo-

ellos un problema teórico de relevancia histórica, sino que su espléndida doctrina o, antidoctrina, culmina una poderosa tradición visible en parte del pensamiento presocrático. Además, se da la circunstancia que el escepticismo maduro asociado al pirronismo<sup>8</sup> tuvo conciencia de estar incluido en tal tradición. Por ello, y a pesar de las dificultades singulares del movimiento, la mayoría de los escépticos consideraron a Pirrón de Elis como fundador de esta filosofía.

El pensamiento y la vida de Pirrón se presta a numerosos comentarios<sup>9</sup>. Dejando aparte los textos considerados menores hay que distinguir cuatro fuentes principales sobre el pirronismo. De un lado, Cicerón y Diógenes Laercio y, de otro, Timón de Fliunte (discípulo de Pirrón) y Sexto Empírico. Los dos primeros no se reconocen como pertenecientes al escepticismo, mientras que los segundos pertenecen a esta corriente del modo más radical.

Según Sexto, Timón fue el verdadero sucesor de Pirrón, el heredero de sus doctrinas filosóficas, es decir su portavoz<sup>10</sup>. Timón nació en Fliunte alrededor del 325 a.C. y murió en Atenas hacia el 235 a.C. Parece que siguió a su maestro *casi* en todo, pues como dice Diógenes Laercio no tomó a Pirrón como modelo en todas las cosas, pues no se resignó a la pobreza de éste, ni tampoco tuvo esa gravedad y dignidad que conquistaron a sus ciudadanos<sup>11</sup>.

Con Cicerón ocurre una cosa curiosa: de haber sobrevivido sólo los pasajes en los que el latino habla de Pirrón, nunca hubiésemos sospechado que fuera un escéptico. Ni una sola vez hace Cicerón referencia a la duda escéptica o a la suspensión del juicio con relación a Pirrón, sino que ésta se la aplica a Arcesilao<sup>12</sup>. Este dato es curioso ya que Cicerón es el autor más cercano a Pirrón. La razón quizá proviene del hecho de que la tradición en la que se sitúa Cicerón va a ser fundamentalmente académica y no une la doctrina de Pirrón a la de los creadores del escepticismo de la Academia platónica. Cuando Cicerón nombra en su textos a los pirrónicos reconoce su afinidad con

ránea de Wittgenstein, Derrida o el propio Rorty. Por citar algún estudio clásico el lector podría entretenerse con Popkin, R., *The history of scepticism from Erasmus to Spinoza*, California, 1979, ampliada recientemente en *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford, 2003; Schmitt, Ch. B., «The rediscovery of ancient skepticism in modern times» en *The Skeptical Tradition*, editado por Myles Burnyeat, Berkeley, 1983, pp. 225-251; o Stroud, B., *The Significance of Philosophical Scepticism*, Oxford, 1984.

- 8 Román Alcalá, R., *El escepticismo antiguo: posibilidad del conocimiento y búsqueda de la felicidad*, Córdoba, 1994, nota 20, p. 28. Aquí hago referencia a la distinción entre «pirroniano», seguidor sólo de Pirrón, pero no dentro de una tradición o movimiento filosófico y «pirrónico», nombre que por ampliación reciben todos los filósofos que reconocen a Pirrón como fundador del movimiento escéptico (reivindicado por Enesidemo).
- 9 Ya es un lugar clásico citar hasta ocho diferentes interpretaciones de Pirrón, entre las que cabe destacar, una ética, otra dialéctica, antimetafísica nihilista, fenomenista etc. Cf. Reale, G., «Ipotesi per una rilettura della filosofia di Pirrone di Elide» en *Lo scetticismo antico*, Atti del Convegno Organizzato dal Centro di Studio del Pensiero Antico del C.N.R., Roma, 5-8 novembre, 1980, vol. 1, pp. 245-336. Declava Caizzi por su parte dice que el destino de Pirrón ha sido muy singular ya que la reconstrucción de su pensamiento a veces se ha hecho sin el criterio mínimo de la presencia de su nombre en los textos, con lo que algunas interpretaciones no tenían ni siquiera base histórica, vid. «Prolegomeni ad una raccolta delle fonti relative a Pirrone di Elide», *loc. cit.*, pp. 95 y ss.
- 10 Cf. Sexto, *M.*, I, 53. Como fue menos escrupuloso que su maestro Pirrón, los textos de Timón permiten en buena medida recoger numerosos testimonios sobre el de Elis, ver Román Alcalá, R., *op. cit.*, pp. 25-33.
- 11 Según Diógenes Laercio, IX, 109-111, Timón reunió una buena fortuna ejercitando su filosofía y la oratoria en Calcedonia, aunque introduce una crítica ya que según Antífonos de Caristo fue más dado a la bebida que a la aplicación de la filosofía. De los escasos siete parágrafos que Diógenes le dedica deducimos que más que un filósofo estricto fue un gran literato, un escritor prolífico de Poemas, Sátiras Dramas y Tragedias mezclando de forma muy moderna la filosofía y la literatura.
- 12 Cicerón de hecho cuando traduce términos griegos del escepticismo como ἐποχή, συγκατάθεσις, φαντασία, al latín, *adsensiois retentio*, *assensum o visum*, los refiere al escepticismo de los académicos (Arcesilao o Carnéades). Ver los siguientes pasajes de *Academica.*, II, 18, 30, 37, 39, 40-42, 58, 59, 66, 68, 78, 103 y 108 (en adelante *Acad.*).

otras escuelas<sup>13</sup> como la de los erítreos o los megáricos, y afirma que las teorías de Pirrón se habían perdido por falta de sucesores. Ciertamente, sólo a partir de Enesidemo<sup>14</sup> se distingue claramente entre un auténtico escepticismo pirrónico y un escepticismo académico más atenuado al proceder de otra tradición<sup>15</sup>.

Sexto Empírico realiza hacia el 200 la primera gran síntesis del escepticismo como movimiento filosófico. La intención de Sexto en su exposición del escepticismo no es otra que la de reconstruir este movimiento desde sus más antiguos fundadores, a los que *sensu stricto* no podemos llamar escépticos. Sexto va a ir rastreando en la filosofía anterior a Pirrón qué elementos filosóficos pueden ser caracterizados como principios escépticos que posteriormente han constituido el núcleo del escepticismo. Así, para Sexto, Pirrón pertenece a un grupo de autores que han conformado históricamente el escepticismo, y de todos ellos quien mejor ha encarnado los principios escépticos ha sido él<sup>16</sup>. Llama la atención el esfuerzo de Sexto por no reconocer un fundador de esta doctrina, ya que esto hubiese significado hacer de alguien el creador de unos dogmas que habrían pasado de maestro a discípulo, destruyendo *pari passu* la misma doctrina escéptica. El escepticismo no es una doctrina sino una actitud<sup>17</sup> y por eso es una contradicción atribuirle un único iniciador, un *euretés*. Pirrón, a juicio del Empírico, es el causante de un cambio crucial en el escepticismo: fue el primero que consiguió que la actitud escéptica se hiciese autónoma de cualquier concepción filosófica. Pirrón no es un maestro iniciador de un movimiento filosófico, encarna un nuevo uso de la filosofía que se preocupa no sólo de las afirmaciones de nuestro conocimiento, sino también de nuestras creencias, de la racionalidad de ellas y de su necesidad.

- 
- 13 Para Cicerón, Pirrón sólo tiene una vertiente ética interesante, la que le une a Erítreos y Megáricos (cf. Cicerón, *Acad.*, I, XII, 44, vid. también, *De oratore*, III, XVIII, 67), mientras que a autores como Demócrito, Anaxágoras, Empédocles o Platón les reconoce una esquina escéptica indiscutible. Para ampliar esta idea véase mi artículo «La nueva academia: dogmatismo o skepsis», *Pensamiento*, 51, (1995) pp. 455-465. Creo haber demostrado con abundantes datos que esta idea ciceroniana no es cierta, ya que Pirrón pertenece a toda una tradición prehelenística potente (abderita) preocupada por los problemas de la *physis* y del conocimiento. Esta es la tesis defendida en mi libro citado, *passim*.
- 14 Enesidemo fue sin duda el gran reconstructor del escepticismo de Pirrón. Da consistencia a los materiales confusos y dispersos de Pirrón y contrapone el pirronismo a las escuelas dogmáticas y a la academia platónica. Son cinco las obras atribuidas a Enesidemo en las que reconstruyó y convirtió en argumentos las ideas de Pirrón, cf. Sexto, M., VIII, 215; D.L., IX, 78 y 106; Focio, *Bibliot.*, 212, 169b 19-20; Eusebio, *Praeparatio. Evangelica.*, XIV, 18, 11 y 16 (en adelante *Praep. Evang.*). Un amplio estudio sobre esta cuestión se encuentra en Román Alcalá, R., «Enesidemo: la recuperación de la tradición escéptica griega», *Pensamiento*, 52, 204, pp. 386-402. Otro problema es la exacta cronología de su vida, cf. la extensa nota dedicada a este autor en Román Alcalá, R., *Op. Cit.*, p. 43, nota 64.
- 15 Hay un texto muy indicativo de Aulio Gelio (aprox. 150) que distingue ya claramente entre dos tipos de escepticismo el pirrónico y el académico, dice así: «Es una cuestión antigua tratada por numerosos autores griegos, qué separa y en qué medida a los filósofos pirrónicos de los filósofos académicos. Unos y otros llevan el título de *skeptikoi*, *ephektikoi*, *aporetikoi* puesto que unos y otros no afirman nada y piensan que nada puede ser comprendido...» GELIO, *Noct. Att.*, XI, V; el texto completo que comienza con el siguiente epígrafe: «*Algunas observaciones, someras, sobre los filósofos pirrónicos de una parte, y sobre los académicos de otra, así como sobre lo que les distingue*» no tiene desperdicio.
- 16 El propio Sexto dice que denominamos pirrónica a esta tradición «por el hecho de que nos parece que Pirrón ha llegado a encarnar la escéptica con más ahinco y de modo más manifiesto que sus predecesores», H.P. I, 7. Para Sexto, Pirrón aparece como cabeza de un grupo de autores que han contribuido históricamente a la filosofía escéptica. Según Declava Caizzi, los términos *phaínesthai* y *epiphanésteron* del texto no aluden tanto a la fama de Pirrón como maestro o creador de una escuela, sino más bien a lo que conocemos de su vida y de su pensamiento, al «fenómeno» relativo a él, cf. «Prolegomeni ad una raccolta delle fonti relative a Pirrone di Elide», en *Lo scetticismo antico*, p. 126
- 17 Alan Bailey reconoce esta orientación a todo el escepticismo, ver su introducción «Scepticism and Rationally Justified Belief» en su libro *Sextus Empiricus and Pyrrhonian Scepticism*, New York, 2002, pp. 1-20, si bien define más bien la filosofía de Pirrón como una suerte de nihilismo epistemológico, idea justificada, en mi opinión, con el testimonio de Aristocles, pero difícil de ampliar a los testimonios de Diógenes Laercio como veremos.

Pirrón no escribió nada<sup>18</sup>, y esta actitud no parece accidental, pues existen algunas razones que pueden justificar esta disposición intelectual<sup>19</sup>. Desde esta perspectiva, el ejemplo de su vida tiene más valor que sus teorías o doctrinas, lo cual parece que fue asumido por sus discípulos como una contribución filosófica. El interés por su vida está orientado por cuatro razones sustanciales:

1. Pirrón es el único de todos los escépticos antiguos al que los doxógrafos reconocen una vida original que puede ser denominada una vida sin creencias. Su actitud cotidiana está lejos de la expectativa de la vida convencional de todos los demás escépticos.
2. Es evidente que la vida de Pirrón ejerció una gran influencia en el movimiento escéptico. Todos los doxógrafos parecen entender que el modelo pirroniano es, generalmente, asumido como paradigma escéptico, a partir del cual Enesidemo hace surgir, *cum sensu*, la tradición escéptica.
3. Pirrón no profesa ningún tipo de dogmas, ni crea una serie de enseñanzas como *corpus* de doctrina, aunque sí mantiene una determinada forma de pensar que servirá de patrón para vivir rectamente. Sólo en este sentido se puede afirmar que los pirrónicos sean una escuela y reconozcan a Pirrón como su modelo.
4. El proyecto pirroniano asume como importante, no la aceptación de un tipo de filosofía, sino el *vivir* sin creencia que lleva razonablemente a la felicidad.

Mi hipótesis de partida es que este proyecto vital pirrónico está sustentado en una concepción filosófica profunda y consistente que algunas veces raya en cierto dogmatismo o nihilismo gnoseológico<sup>20</sup>, que hay que rastrear en la tradición filosófica en la que se encuentra y en los testimonios de sus discípulos. Dicho de otro modo, la idea que defiende es que si bien existe una conexión claramente verificada entre la filosofía anterior y Pirrón, y que la comunidad de problemas que trata no son diferentes de los desarrollados por la filosofía prehelenística<sup>21</sup>, la vida de Pirrón ofrece episodios que van más allá de una mera caracterización filosófica y reconocen la grandeza de un personaje olvidado por la historia.

## 2. El estudio de la naturaleza como punto de partida

El más exacto resumen del pensamiento de Pirrón sobre el estudio de la realidad y el mundo, es un texto de una de las obras en prosa de Timón. Este fragmento, contenido en un pasaje de Aristocles (un aristotélico) que es recogido por Eusebio de Cesárea tiene el siguiente título:

---

18 «Entre los filósofos, algunos fueron dogmáticos, otros efécticos; dogmáticos aquellos que consideran que las cosas son aprehensibles; efécticos en cuanto que se abstienen de juzgar sobre ellas por inaprehensibles. Y algunos dejaron escritos, otros no escribieron en absoluto, como, entre algunos, Sócrates, Estilpón, Filipo, Menedemo, Pirrón, Teodoro, Carnéades y Brisón», D.L., I, 16. Marcel Conche va más allá cuando observa que esta actitud de Pirrón no fue casual sino más bien meditada, ya que el sabio si quiere conseguir la ataraxía no puede ser a la vez un autor, cf. *Pyrrhon ou l'apparence. La mort et l'apparence*, Villers-sur-Mer, 1973, p. 27.

19 «Es posible tener una visión completa de su trayectoria por los tratados conservados. El mismo Pirrón, en verdad, no escribió nada, pero sí sus seguidores Timón y Enesidemo, Numenio y Nausífanos y otros como ellos»; D.L., IX, 102, según este texto la actitud de Pirrón de no dejar huella escrita estaba fundamentada.

20 Defendido por Bailey, A., *op. cit.*, p. 25 y ss.

21 Por ejemplo, Jenófanes, Protágoras, Demócrito, etc. Cf. Román Alcalá, R., *op. cit.*, cap. III, «Antecedentes del escepticismo en la filosofía prehelenística», pp. 101-167.

«Contra aquellos que seguían a Pirrón, llamados escépticos o 'eféctico', que afirman que nada es aprehensible»<sup>22</sup>.

El relevante texto comienza, en primer lugar, con un problema gnoseológico: «Es necesario primero de todo indagar sobre nuestro conocimiento, puesto que si por naturaleza no conocemos nada, de nada vale investigar sobre lo demás»<sup>23</sup>. Esta declaración, que se encuentra al comienzo del pasaje, es problemática: no queda claro si se refiere directamente a Pirrón o es del propio Aristocles. La importancia de esta reflexión viene determinada por la afirmación posterior. Aristocles indica que hubo entre los antiguos algunos que apoyaron esta máxima y fueron replicados por Aristóteles<sup>24</sup>; y que *Pirrón de Elis lo dijo con especial énfasis*, confirmando, supuestamente, que Pirrón defendió también esta sentencia. Esta mención, no obstante, creo que debe ser matizada: una cosa es lo que diga Aristocles y otra muy distinta lo que pensara Pirrón. *En rigor*, esta frase no puede ser aplicada a Pirrón<sup>25</sup>, puesto que no dejó nada escrito; además, esta afirmación de Aristocles «tal cual» no hubiese sido sostenida por el de Elis, pues es una *declaración dogmática demasiado evidente*.

Después de la introducción, Aristocles transmite la noticia de que Pirrón no dejó nada escrito y determina los contenidos posteriores con una cita: «Su discípulo Timón dice...»; a partir de ahora no hay duda de la filiación de la información. La primera cuestión que debemos resolver en el texto es su calificación «*prima facie*», como pasaje ético o gnoseológico. Es evidente, que comienza con un problema referido a la felicidad, pero tiende inmediatamente hacia un dilema que tiene que ver con el conocimiento. «*Para ser feliz —dice Timón— hay que tener en cuenta lo siguiente*: primero, atender a cómo son por naturaleza las cosas; segundo, qué actitud tomamos ante ellas y tercero, cuáles son las consecuencias a los que se comporten así»<sup>26</sup>. Este planteamiento, como podemos observar, tiene una intención predominantemente ética: el resultado de los principios pirrónicos es la adquisición de la tranquilidad de ánimo, imperturbabilidad o ataraxía. La cuestión puede plantearse de la siguiente manera: la conquista de la ataraxía tiene irremediablemente que empezar por la pregunta de *cómo es la realidad y si ésta puede ser determinada y conocida*. Por tanto, es el amor a la sabiduría, la necesidad de conocer, lo prioritario y lo único que puede llevarnos a la felicidad.

22 Para algunos, Aristocles está intentando desde una posición aristotélica resolver un problema gnoseológico, de ahí que sea importante reconocer en el capítulo G 3-7 de la *metafísica* de Aristóteles el punto de referencia esencial de esta discusión. Conche, M., *Op. Cit.*, p. 35, había afirmado que Pirrón tenía cierto conocimiento de Aristóteles, Reale, G., reconoce la importancia de esta hipótesis en el artículo citado en la nota 9, pero Trabucco, F., en «La polemica di Aristocle di Messene contro lo scetticismo e Aristipo e i cirenaici», *Rivista critica di storia della Filosofia*, Milano, 1960, XV, p. 117, advierte que Aristóteles se está refiriendo a Protágoras y sus seguidores. De todas formas si Pirrón está, como he demostrado, en esta línea las dos propuestas no están muy alejadas.

23 Cf. Eusebio, *Praep. Evang.*, XIV, 18, 1-4.

24 Aristocles está reafirmando algo que ya había dicho Aristóteles y que se opone a la idea de que los hombres no puedan conocer por naturaleza, «todos los hombres desean por naturaleza saber», Aristóteles, *Metaf.*, I, 980a. De ahí que teniendo esta idea como principio cuestione Aristocles el escepticismo nihilista de Pirrón.

25 Recordemos que Aristocles criticaba tres actitudes contrarias al criterio aristotélico de conocimiento: primero se refiere a los que se guían sólo por la razón, los que se guían sólo por los sentidos y los que anulan los dos. Entre los primeros nombra a Jenófanes y Parménides que dice «eliminan los sentidos». A éstos se refiere en el capítulo inmediatamente anterior al de Pirrón. Debemos suponer que todas estas críticas tienen como referencia explícita los escritos dejados por los discípulos de Pirrón (principalmente Timón) y no a Pirrón mismo, que no dejó nada escrito, ya que para éste la suspensión escéptica es consecuencia de una vida sin creencias y no un *a priori* cognoscitivo. Ver Eusebio, *Praep. Evang.*, XIV, 17.

26 *Loc. Cit.*, 18



El hombre que quiera ser feliz tiene que preguntarse primero ¿cómo son por naturaleza las cosas? Esta cuestión no era original de Pirrón, al contrario: era la cuestión básica en la filosofía griega. A esta pregunta Pirrón contesta, según el pasaje de Timón, «que las cosas eran igualmente indeterminadas, sin estabilidad e indiscernibles». Por tanto, cualquier discurso sobre ellas es un *discurso indeterminado* a su vez, al tener que referirse a las cosas mismas indeterminadas. Si bien, la frase misma dejada por Timón se resolvería en cierto nihilismo gnoseológico ya reconocido con anterioridad (Bailey, 2004), nosotros apuntamos que Pirrón no apunta esencialmente ni a una ciencia empírica, ni a una filosofía de la naturaleza, ni a una metafísica dogmática, sino más bien a una propuesta ética que es llegar a través de la filosofía a una vida feliz sin creencias.

El punto de partida es evidentemente ontológico pues la indeterminación o incognoscibilidad de las cosas, es decir su propia inestabilidad como característica natural, impide que las sensaciones que tenemos de ellas o los juicios que emitimos sobre ellas sean verdaderos o falsos. Existe, pues, un cierto dogmatismo-nihilismo ontológico en la *caracterización de la realidad*. Esta eliminación de la realidad como tema del discurso es una idea indudablemente dogmática. Una reducción muy simple de esta imagen la encontramos en el escoliasta de Luciano cuando en un pasaje comenta que el propio Pirrón tenía como objetivo eliminar toda la realidad<sup>27</sup>. ¿Qué significa eliminar toda la realidad? Es evidente que el escoliasta atribuye una actitud dogmática a Pirrón, posiblemente atraído por la indeterminación a la que el de Elis somete a la realidad<sup>28</sup>. En su descargo podemos afirmar que esta renuncia no es *a priori*, sino que a ella se llega después de *reflexionar sobre las cosas mismas*: reflexión que intenta liberarnos de la servidumbre de las opiniones y de las creencias en el plano del conocimiento. No es que yo acierte a calificar el mundo como indeterminado (como afirmaba Sedley), sino que la indeterminación del mundo me impide conocerlo, por lo que tengo que suspender mi juicio.

Por tanto, no debemos poner nuestra confianza en las cosas, sino estar sin opiniones, sin prejuicios, de modo impasible, diciendo acerca de cada una de ellas, con la declaración escéptica por excelencia:

1. Que no más es que no es (ὄτι οὐ μᾶλλον ἔστιν ἢ οὐκ ἔστιν).
2. O bien que es y no es [al mismo tiempo] (ἢ καὶ ἔστι καὶ οὐκ ἔστιν).
3. O bien ni es ni no es (ἢ οὔτε ἔστιν οὔτε οὐκ ἔστιν).

La fórmula *ou mállon*, «no más (es que no es)», es básicamente una fórmula escéptica: es un lugar común en los textos escépticos y ciertamente usada en los escritos de Timón. Por los antecedentes de que disponemos puede tener un fuerte precursor en Demócrito<sup>29</sup>, ya que según el ato-

27 «Pirrón primero pintor, se convirtió luego en filósofo y tenía como objetivo eliminar toda la realidad (πάντα ἀναρῆν τὰ ὄντα)», *Schol.* in Luciano, *Bis acc.*, 25 (ver la edición de los textos de Pirrón Declava Caizzi, F., Pirrone Testimoniae, Napoli, 1981, D.C., 5).

28 Sedley, D., en «The Motivation of Greek Skepticism», pp. 9-29, en *The Skeptical Tradition*, ed. Myles Burnyeat, Berkeley, Los Angeles, London, 1983, afirma que al declarar simplemente que el mundo es *indeterminado* Pirrón no puede seguir y queda atrapado en su declaración.

29 Caujolle-Zaslowsky, F., «La méthode des sceptiques grecs», *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 1982, 107, pp. 372-375 mantiene la derivación democrítea de este concepto, aunque lo define, en mi opinión, con un sesgo excesivamente gnoseológico, ya que para Pirrón la acción humana se desarrolla en un mundo en el que las cosas quedan indeterminadas, por lo que la realidad queda traducida a opiniones que no son ni verdaderas ni falsas. Por eso las cosas no son más esto que eso.

mismo, la realidad que percibimos no es la verdadera realidad: si la miel, pongamos por caso, no es la verdadera realidad, ni su sabor tampoco, pues sólo es por naturaleza átomos y vacío, el siguiente paso será pensar que no podemos afirmar ni que ésta sea dulce ni que sea amarga o que sea dulce o que no lo sea, pues esto depende de las circunstancias y de los propios estados del individuo al recibir los impactos de los átomos. Así pues, podríamos decir que Demócrito, condicionado por la aceptación de la realidad (átomos y vacío), descubre cierta imposibilidad de dotar de coherencia a lo que aparece frente a lo que es, que sí la tiene.

Para Demócrito, por tanto, el conocimiento de la realidad sólo se puede obtener a través de la razón, al ser la única posibilidad de acceso a los átomos y al vacío; mientras que para Pirrón de Elis la desconfianza en los sentidos le lleva a desconfiar también de la razón y, por consiguiente, al *ou mâllon*, en sentido suspensivo<sup>30</sup>.

Esta indiferenciación sustenta la teoría pirroniana de la acción. Con posterioridad, esta posición determina la consideración del escéptico que debe actuar, de una forma u otra, no puede quedar inactivo, y continúa su búsqueda, su investigación. Aquí no hay un programa eficaz de investigación, sino una obligada necesidad ante la imposibilidad de cumplir el objetivo definitivamente, en este sentido debe continuar mirando «a las cosas» como cuestión abierta, no por método exclusivamente (como hará con posterioridad Descartes), sino porque las mismas cosas y el conocimiento no se puede cerrar. Es el ejemplo más claro de la aceptación de una dialéctica infinitista y abierta.

Los escépticos posteriores y sobre todo Sexto, podrán resolver técnicamente este dilema con el reconocimiento de lo que aparece, el fenómeno. La importancia general de este fragmento de Timón es evidente porque revela qué fundamento utilizaron los escépticos para poder tomar la vida como guía y criterio, y evidencia cuáles fueron los desarrollos de la posición genuina de Pirrón<sup>31</sup>. Así, puesto que las cosas son indiferenciadas, la elección se torna imposible, puesto que la igualdad de razones para preferir «a» o «b» radica en la interioridad del sujeto que le impide traducir su actitud en alguna acción, ya sea, desde un punto exterior, consecuente o ya sea extravagante<sup>32</sup>. A partir de aquí la crítica de los dogmáticos va dirigida contra la imposibilidad de actuación. La respuesta técnica y organizada de los escépticos será hablar del «fenómeno» como criterio de existencia, como criterio empírico, al menos en lo que corresponde al primer nivel proposicional de la existencia real. En el caso de Pirrón, y esto es lo interesante, las consecuencias de la teoría le llevan a un comportamiento vital novedoso y difícil de asumir, pero que causó un impacto tan sorprendente en sus sucesores que reconocieron su originalidad (yo diría en toda la historia de la filosofía).

30 «Buscando la verdad y no encontrándola dudaba en torno a todas las cosas», Galeno, *Subfig. emp.*, 62, 18.

31 Es muy interesante, en este sentido, el pormenorizado desarrollo que Richard Bett realiza en su libro *Pyrro his antecedents and his legacy*, New York, 2000 (ver principalmente capítulo I, pp. 14-59), de este fragmento de Timón. Después de analizar minuciosamente los diferentes significados que tiene cada uno de los elementos aquí estudiados, Bett define la tesis de la indiferenciación de la realidad como la de un «filósofo no-escéptico», manera elegante y cordial de decir «dogmático», que continúa tratando los clásicos problemas sobre la *physis* de la filosofía prehelenística, y yo estoy de acuerdo en ello, pero afirmo que a partir de esta tesis que en sí misma no es escéptica, su actitud atenúa cierto dogmatismo filosófico y lo sustituye por un escepticismo vital limitado.

32 Ya Séneca intuyó esta misma paradoja con relación al relativismo de Protágoras, ya que si la igualdad de razones me impide elegir me quedo en la inacción (Séneca, *Epist.*, 88, 43). Un pormenorizado desarrollo de esta cuestión se encuentra en mi artículo Román, R., «Logos and antilogos in Protagoras: The inexhaustibility of the truth field», en *The Philosophy of Logos*, ed. K. Boudouris, vols. I y II, Athens, 1996, pp. 188-195.

### 3. La imperturbabilidad de carácter, requisito para ser feliz

Lo interesante de esta argumentación, cargada con toda la tradición filosófica anterior, es que tiene como consecuencia el *abandono* de una actitud excesivamente teórica frente a la naturaleza de las cosas, la renuncia *de la filosofía especulativa, incompatible con la tranquilidad de ánimo*, y la aceptación de la orientación práctica como exigencia esencial de cualquier reflexión escéptica posterior<sup>33</sup>.

Por eso, no es raro que Pirrón sienta cierta repulsa por la especulación a la que había llegado la filosofía, ya que ninguna de las teorías que conoce es capaz de resolver los problemas del individuo, por lo que poco a poco tiende más a una actitud práctica de la vida que a una actitud teórica. Este recorrido nos acerca a la concepción de la disposición pirrónica ético-intelectual, a partir de la cual se va a desarrollar la escéptica como movimiento<sup>34</sup>. La duda pirrónica interviene también en el campo de las opiniones, de ahí que Pirrón renuncie a ellas por razón de su aspiración a la ataraxía: si aspiramos a la paz del espíritu no podemos dejarnos atrapar en el torbellino de las discusiones filosóficas. Pirrón no desea, pues, mezclarse en una serie inacabable de disputas (propias de un escepticismo posterior más batallador) sino que introduce cierta incomprendibilidad e irresolución en las cosas que le lleva a un estado de tranquilidad interior y a encarnar el ideal del sabio escéptico.

Estamos ante un tipo de hombre completamente nuevo en la antigüedad, caracterizado por una ruptura fundamental con la realidad que se impone sin discusión, lo cual le lleva a un modo de vida «revolucionario», sin creencias, reconocido y admirado por los filósofos de su entorno<sup>35</sup>. Hasta qué punto esa ruptura determinaba su carácter escéptico lo reconocemos en un testimonio de Antígono de Caristo según el cual, existía un perfecto paralelismo entre su pensamiento y su comportamiento en la vida, no tomaba excesivas precauciones ante las cosas, y no reconocía nada *a priori* a los sentidos, haciendo frente a todo a carros, precipicios y perros; hasta tal punto llegaba su indiferencia que los amigos que lo acompañaban le salvaban de cualquier peligro que no advirtiese<sup>36</sup>.

33 «Es feliz el que vive sin perturbación y, como decía Timón, en un estado de quietud y de calma: «Pues por todas partes reinaba la calma» y «Cómo lo reconocí en la calma sin viento». Sexto, M. XI, 141. Estos versos de Timón presentados por Sexto que para alguno están inspirados en Homero, *Odisea*, 391-392 (cf. Goedeckemeyer A., *Die Geschichte des griechischen Skeptizismus*, Leipzig, 1905 pp. VIII, 337; II ed. 1968, p. 8, nota 8), y para otros (ver Decleva Caizzi, *op. cit.*, p. 247) tienen su antecedente conceptual más claro en Demócrito (ver D.L., IX, 45 y Plutarco *De tranqu. An.*, 465 c.), apuntan no tanto al carácter epistemológico de la actitud de Pirrón, sino al matiz práctico, vital que asume la filosofía del escéptico.

34 «Oh viejo Pirrón, ¿cómo y por dónde encontraste salida, de la esclavitud de las opiniones y de la vacía sabiduría de los sofistas y desataste las ligaduras de todo persuasivo engaño?», D.L. IX, 65. El propio Diógenes Laercio muestra cierta tendencia a la admiración y el respeto por la filosofía de Pirrón, cosa que contrasta con la crítica ácida que destila contra Arcesilao, por ejemplo, o Carnéades, dos representantes de la línea académica del escepticismo. Barnes, J., estudia las relaciones entre el pirronismo y Diógenes en su artículo «Diogene Laerzio e il pirronismo», *Elenchos*, 7, (1986), pp. 385-427.

35 «Solía decir [Nausíffanes] que Epicuro, el cual admiraba el modo de vivir de Pirrón, le pedía frecuentemente noticias acerca de él». D.L., IX, 64. Este interés por parte de uno de los más encarnizados enemigos filosóficos de Pirrón denota la influencia que su modelo de acción vital tenía sobre sus coetáneos.

36 «Se comportaba de un modo consecuente también en la vida, no rehusando nada (μηδὲν ἔκτρεπόμενος), ni precaviéndose de nada (μηδὲ φυλαττόμενος), haciendo frente a todo, si llegaba el caso, a carros, precipicios, perros y cualquier cosa, sin conceder nada a los sentidos; sino que, ciertamente, según cuanto cuenta Antígono de Caristos, los amigos que lo acompañaban le salvaban de todo peligro», D.L. IX, 62.

Esta noticia es reveladora del singular carácter de Pirrón. En primer lugar, no sabemos si hay que entenderla en sentido literal o más bien en sentido metafórico. Cuesta creer que Pirrón fuese tan poco sensato que practicando la indiferencia, no se cuidase de nada, llegando hasta el extremo de ser atropellado por carros, mordido por perros o caer en precipicios profundos, y que dejase la tarea de la salvación de su cuerpo a los amigos que lo acompañaban y lo escuchaban. Si esta actitud hubiese sido normal en Pirrón nos costaría creer que hubiese llegado a los noventa años de edad, como dice Diógenes Laercio, y hubiese llevado una vida normal. Frede<sup>37</sup> observa que esta noticia debe ser entendida como una crítica caricaturizada de la idea insensata de llevar hasta el extremo el ejemplo radical de una vida sin creencia.

Sin embargo, existe otra posibilidad, la de interpretar estos hechos –tal como mantiene Conche– como anécdotas prácticas con las que ejemplifica sus discursos un Pirrón educador<sup>38</sup>. Así, estaríamos asistiendo a una clara representación dramática de carácter pedagógico ante sus alumnos en las múltiples lecciones de filosofía que Pirrón ofrecía. De este modo se comprende que aquellos que lo acompañaban y escuchaban asistían a la demostración práctica de las teorías pirrónicas y reaccionaban con los ejemplos que mostraba. Estaríamos, pues, ante una lección pública teatralizada ante sus alumnos, y si éstos malvadamente lo hubiesen dejado avanzar hacia el precipicio<sup>39</sup> sin detenerlo, estamos seguros que Pirrón se habría detenido, llegado el momento, sin su ayuda, antes de llevar hasta el absurdo (o la muerte) sus propias propuestas.

En este mismo sentido, puede ser entendido otro pasaje de Diógenes Laercio. En este caso, la lección de Pirrón tendría supuestamente como referencia la indiferencia. Esta vez Anaxarco sirve de ejemplo pues cae en un cenagal y Pirrón «supuestamente» pasa de largo no haciendo caso de sus peticiones de auxilio. Este acto es, evidentemente, criticado por los que lo conocen, pero el propio Anaxarco elogia la indiferencia e imperturbabilidad de Pirrón, características que eran necesarias para el sabio<sup>40</sup>. También podemos entender en este caso que la anécdota no puede ser entendida al pie de la letra; posiblemente el carácter de lección pedagógica se sobrepone a la noticia, y la parodia no tiene un verdadero carácter real sino más bien simulado. En este caso sería Pirrón el discípulo a instancias de Anaxarco, que sabemos fue su maestro, y encontró en la indiferencia una

37 Si aceptásemos al pie de la letra la noticia de Antígono tendríamos que superar una fuerte objeción y sería la incompatibilidad que tendría la filosofía de Pirrón con una vida normal. Frede, M., «The Skeptic's Beliefs», en *Essays in Ancient Philosophy*, 1987, pp. 179-200, principalmente, pp. 181-182. Este artículo viene precedido de una famosa polémica entre Frede y Burnyeat a propósito de las creencias en el escepticismo: mientras el primero cree que Pirrón sólo pretende eliminar ciertas creencias en la vida, el segundo estima que el escepticismo pirrónico elimina *todas* las creencias. Cf. M.F. Burnyeat, «The Sceptic in his place and time» y M. Frede, «The sceptic's two kinds of assent and the question of the possibility of knowledge», in *Philosophy in History*, eds. R. Rorty, J.B., Schneewind, Q. Skinner, Cambridge, 1984, pp. 225-254 y 255-278. Existe una traducción española de estos artículos, de R. Parellada en la revista *Anales del seminario de metafísica*, 27, (1993), pp. 273-306 y 248-271.

38 Cf. Conche, M., *op. cit.*, pp. 65-66.

39 Unas palabras enigmáticas de Aristóteles podrían interpretarse en esta línea. En un texto en el que se refiere a aquellos que niegan el criterio dice: «¿y no se dirige, recién amanecido, a un pozo o a un precipicio, si llega el caso, sino que se muestra precavido, como que no piensa que caer en ellos es bueno y no bueno por igual?» Aristóteles, *Metaf.*, IV, 1008b 15-18. Como conjetura, por fecha y tema podría ser Pirrón el objetivo de esta crítica. Independientemente que sea o no Pirrón el objeto de esta diatriba, existen relaciones entre Aristóteles y Pirrón: cf. De Lacy, Ph., «*Ou mallon* and the Antecedents of Ancient Scepticism», *Phronesis*, 3, (1958), pp. 59-71; reim. in *Essay in Ancient Greek Philosophy*, Albany, State University New York Press, 1971, p. 597; y Reale, G., *op. cit.*, pp. 315 y ss.

40 «Y cuando una vez Anaxarco cayó en un cenagal, él (Pirrón) pasó de largo sin prestarle ayuda, algunos lo reprendieron por esto, pero el mismo Anaxarco le alababa su indiferencia y su imperturbabilidad», D.L., IX, 63. En este caso la lección tendría como discípulo a Pirrón mismo.

forma de vida y fortaleza ética inigualable, resistiendo la tortura o el dolor físico, llegado el caso ante los tiranos<sup>41</sup>.

Por consiguiente, estos textos no pueden ser presentados aisladamente, ya que corremos el riesgo de no entenderlos en su complejidad, realizando, al final, una interpretación más de la situación simulada que de la idea que la sustenta; y, por la misma razón, hay que ponerlos en relación con otros que aportan algún dato explicativo sobre la actitud que tenía Pirrón ante las cosas<sup>42</sup>; que no podía ser ni de aceptación ni de negación, pues la información que tenemos de la realidad no es suficiente para su conocimiento. Esta interpretación tiene además otra fundamental confirmación y es el papel que, como sabemos, jugó el filósofo en la comunidad de Elis. Es cierto que Pirrón no creó una escuela al estilo de la Academia o del Liceo, ni en el sentido más elástico de las escuelas socráticas menores, sino que aportó un «rol» educativo propio de una figura pública de primera magnitud, que la ciudad reconoció atribuyéndole honores particulares<sup>43</sup>.

Esta actitud de Pirrón, que traduce una extraordinaria concordancia entre su vida práctica y los elementos teóricos que la presiden, se puede observar también en algún texto que transmite Enesidemo<sup>44</sup>, quien observa que Pirrón se proponía mejorar al hombre. Su filosofía era más un modo de vivir que de pensar, y así declara este texto que aunque utiliza la teoría de la suspensión del juicio, sin embargo sus acciones no le llevaban a comportarse de manera irracional, imprevisible o sin precaución. Hay en este texto una distinción fundamental entre «filosofar» y «vivir cotidianamente» que enmarca la actitud pirrónica. Estamos ante un filósofo que entrecruza criterios teóricos y actitud práctica; los unos le preparan y le orientan hacia la otra que es su fin<sup>45</sup>. Para Pirrón es insuficiente atender sólo al campo teórico-filosófico. Una teoría sin praxis vital era algo impensable para la mayoría de los griegos, que no juzgaban a la filosofía por lo que ella decía, actitud que ha caracterizado a casi toda la filosofía desde la edad media hasta la edad contemporánea, sino por lo que ella es<sup>46</sup>: nadie puede vivir de manera diferente de como piensa, por eso una filosofía que no pueda ser probada en la vida no sirve.

41 Todos conocemos el caso que cuenta Diógenes Laercio sobre Anaxarco, el cual cuando el Tirano de Chipre Nicocreón, lo castiga por una ofensa a morir machacado con mazos de hierro, Anaxarco retándolo le dice: «Machaca el cuero que envuelve de Anaxarco pero a Anaxarco no lo machacas», D.L., IX, 59. Ante esto Nicocreón mandó que le cortasen la lengua, pero el propio Anaxarco se la cortó con los dientes y se la escupió a la cara. Piantelli, M., advierte muchos elementos de coincidencia entre esta actitud y algunas prácticas de los gimnosofistas (sabios desnudos) orientales: ver «Possibili elementi indiani nella formazione del pensiero di Pirrone di Elide», *Filosofía*, 29, 1978, pp. 135-164, principalmente p. 137.

42 «Conturbado por el asalto de un perro, dijo a quien lo reprendía que era muy difícil despojarse enteramente de lo que es el hombre», D.L., IX, 66. Otro texto verifica la anécdota: «Antígono de Caristo, que vivió en la misma época y escribió su biografía, dijo que Pirrón, perseguido por un perro, se refugió sobre un árbol, y al burlarse de él los presentes, dijo que es muy difícil despojarse de lo que es el hombre», Eusebio, *Praep. Evang.*, XIV, 18, 26.

43 «Lo admiraban tanto en su patria que fue elegido sumo sacerdote y en homenaje a él, se estableció por decreto que todos los filósofos quedasen exentos de impuestos». D.L., IX, 64. Pausanias tiene un texto clasificado con el número 12 en la selección de Declava Caizzi, *op. cit.*, que confirma esta admiración de sus conciudadanos; así dice: «Bajo el pórtico hacia la plaza del mercado está la estatua de Pirrón, hijo de Pitócrates, hombre sabio», Pausanias, VI, 24. Debemos entender que los honores que la comunidad le tributó debieron deberse al papel religioso, social y educador que desempeñó en su comunidad.

44 «Dice que él (Pirrón) filosofaba según la teoría de la suspensión del juicio, no que actuara en cada caso sin precaución». D.L. IX, 62.

45 «Esto, Pirrón, mi corazón desea oír, cómo es que, siendo hombre, vives con tal serenidad, el único que a la manera de un dios, guías a los hombres», D.L., IX, 65.

46 Conche, M., *op. cit.*, pp. 24-25, afirma que en el caso de Pirrón debe sobrevalorarse la actitud práctica sobre la teórica. Nosotros estamos defendiendo más bien que la actitud teórica y la actitud práctica se encuentran en una simbiosis natural en la que es más visible por ser escéptico y no escribir nada, la praxis vital.

Es evidente que, se resuelvan estos textos en un sentido u otro, cualquier interpretación se opone a la imagen de Pirrón como un individuo que no toma interés por nada, ni siquiera por su propia vida. Así pues, la indiferencia e impasibilidad que demuestra Pirrón apuntan no a la inexistencia de una preocupación por el conocimiento, sino más bien a que la vida pacífica que mantiene está anclada en una teoría explícita y bien delimitada<sup>47</sup>. Por tanto, Pirrón era citado como modelo de *adiaforía*, de indiferencia escéptica diferente de la estoica-cínica, es decir sin actitud provocativa y polémica, encarnaba más bien la imagen de un sabio sin necesidades e indiferente, que mantiene por encima de todo la tranquilidad de ánimo<sup>48</sup>. La cuestión fundamental que veremos posteriormente es si es posible una actitud tan indiferente, tan extrema, sin creencias.

De cualquier forma, y como conclusión parcial, estos textos manifiestan en Pirrón un decisivo interés por todas las cuestiones teóricas: la imperturbabilidad e indiferencia no son elementos apriorísticos aceptados como punto de partida de su filosofía, sino que brotan en él debido, principalmente, a que la indeterminación de las cosas impide una total explicación de la realidad por parte del hombre. Así, esa tranquilidad que reivindica Pirrón se complementa con un afán educador que justifica esa relación entre teoría y praxis que nosotros venimos manteniendo. Dicho de otro modo, estos textos nos transmiten una imagen bastante rica de Pirrón, donde la preocupación por conocer tiene como paralelo la indiferencia ante la indeterminación de las cosas del mundo.

#### 4. El resultado de la disposición pirrónica: la afasia y la ataraxía

Esta idea, que insiste no en asumir un tipo de filosofía, sino en vivir cualquier principio que te lleve a la ataraxia y a la felicidad, no es extraña para sus coetáneos. Las formulaciones teóricas de Pirrón sustentan y fundamentan los hechos cotidianos de cada día (su *práttēin*), pero no son formuladas, explícita ni expresamente, como doctrina. Nosotros hemos intentado integrar estas dos facetas de Pirrón para una comprensión más completa, ya que interpretar a este filósofo desde una de ellas sólo propicia una lectura unilateral y propone una *separación entre teoría y praxis bastante artificial*. Según Cicerón, el conjunto de la doctrina pirroniana era bastante elemental, reduciendo todo su pensamiento ético a la máxima «vivir virtuosamente». Ahora bien, ese vivir honestamente, se reduce a no desear nada, a no apetecer nada y ser indiferente ante las cosas. La honestidad consiste, pues, en la nivelación de todo hasta tal punto que es inútil la elección o la selección.

47 «Vivía respetuosamente con su hermana, que era partera y nodriza como afirma Eratóstenes en su obra *Sobre la riqueza y la pobreza*; a veces, él mismo llevaba a vender al mercado, pajarillos, según las circunstancias, o lechoncillos y hacía la limpieza de la casa con indiferencia. Se dice también que con [la misma] indiferencia lavaba un lechón», D.L. IX, 66. El testimonio de Eratóstenes es importante por dos motivos, la aparición por primera vez del modelo de sabio ἄδιαφορος indiferente e imperturbable, y segundo por ser un testimonio antiguo anterior a los de Antígono de Caristo y que no parece provenir ni tener como fuente a Timón, ni a otro discípulo de Pirrón, por lo que podemos afirmar que pudo servir para la derivación del esquema anecdótico que nosotros hemos discutido con anterioridad. Véase para este punto Wilamowitz-Moellendorff, U., *Antigonos von Karystos*, (Philologische Untersuchungen hrsg. von A. Kiessling und U. von Wilamowitz-Moellendorff, IV Heft), Berlin, 1881 pp. VIII, 356; II ed. 1963, p. 28 y Ferrari, G.A., «Due fonti sullo scetticismo antico (Diog. La. IX 66-108; Eus. Praep. Ev., XIV, 18, 1-20)», *Studi Italiani di Filologia Classica*, n.s. 40, (1968), pp. 221-222.

48 «Posidonio cuenta de él lo siguiente: una vez que los que navegaban con él estaban atemorizados por una tempestad, él estando tranquilo de ánimo y mostrando a un lechoncillo que sobre la nave continuaba comiendo, decía que el sabio debe mantenerse en igual estado de imperturbabilidad», D.L., IX, 68. Lo interesante del texto, en mi opinión, es la relación existente entre la imperturbabilidad, la indiferencia y la filosofía, pues ésta es el instrumento para conseguir la felicidad.

Dicho de otro modo, libre de los conflictos propios del hombre que debe elegir, el de Elis descubre una legítima y propia situación espiritual del sabio escéptico, definida como «*modo de vida escéptica*», coherente y fuera de lo común, que cimentó su fama como hombre indiferente y sereno. La doctrina de Pirrón tiene, pues, un desarrollo explícito como si de un progreso terapéutico se tratara: la enfermedad dogmática debe ser curada con destreza. Después del diagnóstico viene la limpieza, la terapia que intenta la estabilidad, el equilibrio de la vida del hombre. El tratamiento consiste en eliminar la angustia de la vida humana, que se produce cuando hay que elegir constantemente entre opciones. Esto es lo que trata de obviar el escepticismo: no estamos ante una filosofía que nos obliga a elegir entre la inútil alternativa ética y gnoseología, sino ante un pensamiento usado como higiene intelectual, como práctica terapéutica que ayuda al hombre en el áspero camino de la vida, de la forma más serena posible. La amplitud y la profundidad que tienen en Pirrón la «indiferencia» y la «apatía», presuponen, como ya hemos observado en el epígrafe dedicado a su vida, una fuerte influencia oriental.

El testimonio de Timón que dejaba Aristocles, apuntaba en esta dirección. Allí, la suspensión del juicio que realizaba Pirrón venía dada por términos bastante precisos desde un punto de vista del conocimiento: la indeterminación de las cosas, que lleva a Pirrón a decir sobre cada cosa que no más es que no es. Sobre esta nulidad de las cosas *se construye, paradójicamente, la felicidad*; que no consiste en la obtención de algo, sino, justamente, en la suspensión de nuestra decisión sobre las cosas. Por eso, como las cosas son indeterminadas, sin estabilidad e indiscernibles, está claro que ni nuestras sensaciones ni nuestras opiniones pueden ofrecer nada verdadero, ni nada falso. El ser humano debe quedar sin opiniones, dado que éstas implican determinación o diferenciación de las cosas; también debemos quedar sin tender ni a un lugar ni a otro y quizá también indecisos al no poder discernir completamente y poder elegir con posterioridad.

Las consecuencias de esta indeterminación son bastante claras, pues llevan, como hemos observado múltiples veces, a cualquiera que se preocupe por el conocimiento de las cosas, a la afasia y a la imperturbabilidad, a la tranquilidad de ánimo tan necesaria para el sabio. El primer término asesora, en este caso, al segundo. Si bien tradicionalmente la afasia está ligada, en la lengua griega, al estado de emoción que anuda nuestra garganta e impide la palabra, en Pirrón adquiere un significado especial y técnico. Es decir, no se trata de «*quedar sin palabra*», sino de «*no tener nada que decir sobre las cosas*». Es probable que la utilización de este vocablo sea deliberado, pues el hombre no está intranquilo, turbado y ello le hace perder la palabra, sino que es la falta de perturbación, la tranquilidad a la que llega, la causa de la aparición de la afasia, *la suspensión de la palabra lleva a la ataraxía*.

Pirrón no da normas, ya que esto comportaría un sentido dogmático alejado de su actitud; más bien declara, de manera escéptica, que quien se ocupa de las cosas no tendrá más remedio, ante la indeterminación de la realidad, que quedar sin opinión, en estado de suspensión: acción que le lleva sin proponérselo a la felicidad, a la imperturbabilidad de ánimo. Si Pirrón rehuye el instalar cualidades positivas o negativas a las cosas, es normal que considere convencionales todos los valores. De ahí que para Pirrón no haya nada bueno ni malo, justo ni injusto, sino que los hombres al no poder distinguir claramente con un criterio los dos extremos de las cosas, siguen la ley y la costumbre<sup>49</sup>.

Pirrón parece estar refiriéndose aquí a los modos y costumbres concretas y determinadas que tienen los distintos seres humanos de concebir la vida. La diversidad de las leyes, conductas y creencias

---

49 Cf. D.L. IX, 61.

que él observó en los distintos países que tuvo que recorrer en las expediciones de Alejandro, lo persuadieron de la imposibilidad de encontrar un criterio mediante el cual alguna de esas costumbres o creencias pudiera servir de valor universal. Esta actitud sugiere uno de los temas centrales del pirronismo, el problema del comportamiento humano; Sexto Empírico expone tiempo después, la misma idea de manera más coherente, cuando observa que nada es bueno ni malo por naturaleza, sino que son los hombres quienes los juzgan como tal por convención<sup>50</sup>.

En fin, Pirrón no reivindicó un pensamiento ético escéptico en cuanto verdad, sino en cuanto búsqueda, una búsqueda en la que los resultados nunca están dados *a priori*, sino que tienen que ir surgiendo poco a poco a través de la indagación y el examen. La investigación manifiesta un fin determinado: llegar a la felicidad<sup>51</sup>. Esta reflexión proporciona cierta base que fundamenta la caracterización de Pirrón también como pensador ético. Así, una interpretación de Pirrón más integradora que disgregadora nos conduce a una lectura moral y cognoscitiva. Sin ningún género de duda hay en Pirrón una intención moral, pero podemos pensar razonablemente que a la ética le precede, en este caso, una preocupación teórica, gnoseológica, puesto que es necesario primero atender al conocimiento de la naturaleza de las cosas para poder ser feliz.

El desarrollo del escepticismo posterior es, en este sentido, extraordinario, pues llega a decir con una clara actitud epistemológica que las cosas son incomprensibles y por consiguiente, no sabemos a qué atenarnos con ellas, por lo que lo mejor será guardar silencio, no decir nada y suspender el asentimiento. Por eso no es extraño que el escéptico, el buscador, el examinador, el observador, llegue a la conclusión de no haber buscado todavía en el lugar correcto y siga la búsqueda. Además, esa búsqueda es autoinmunizante, pues no podemos detenernos en ningún punto, ya que son infinitos los posibles lugares correctos en los que puede encontrarse lo buscado. Una anécdota que cuenta Sexto Empírico en sus *Hipotiposis* sobre el pintor Apeles<sup>52</sup>, refleja fielmente el método de su pensamiento y la actitud que asume ante la vida: este pintor después de intentar reproducir en su pintura la espuma de un caballo desistió, arrojando la esponja de limpiar los pinceles al cuadro, y allí, sin esperar, apareció, perfectamente dibujada, la espuma del caballo. Como diría Borges, *ante una metáfora tan espléndida cualquier intento de refutación resulta baladí*.

Es falso decir que los escépticos se oponen a todo, más bien a lo que no está claro; el escéptico actúa y sigue lo que le aparece: es más, nuestro *prátein* sólo es posible en «lo que aparece». El sabio advierte la indeterminación de las cosas, la imposibilidad de juzgar, y la imprudencia de quien se inclina por algo a través de la razón o de los sentidos; por tanto, se queda en la ataraxía. Por eso, el

50 Cf. Sexto, *M.*, XI, 140.

51 Cicerón tiene de Pirrón una consideración demasiado simplista. Él dice «Me parece pues que están en un error todos aquellos que han dicho que el máximo bien es vivir honestamente. Pero unos más que otros: el que más Pirrón, evidentemente, el cual, tras establecer la virtud, no deja nada en absoluto que deba desearse», *De Fin.*, V, XVI, 43. García Junceda, J.A., en su artículo «Pirrón y el escepticismo griego. Semblanza del apático Pirrón», *Estudios Filosóficos*, 17, 1968, p. 115, afirma basándose en Cicerón, que el conjunto de la doctrina de Pirrón era bastante elemental ya que reducía su pensamiento ético a la máxima «vivir honestamente». En mi opinión ese vivir honestamente no es tan sencillo ni tan simple, como estamos demostrando.

52 «La verdad es que al escéptico le ocurrió lo que se cuenta del pintor Apeles. Dicen, en efecto, que —estando pintando un caballo y queriendo imitar en la pintura la espuma del caballo— tenía tan poco éxito en ello que desistió del empeño y arrojó contra el cuadro la esponja donde mezclaba los colores del pincel, y que cuando ésta chocó contra el cuadro plasmó, sin pretenderlo, la forma de la espuma del caballo: así, también los escépticos esperaban alcanzar la imperturbabilidad resolviendo la contradicción entre las apariencias y los juicios; pero no pudiendo conseguirlo, suspendieron el juicio; y a quienes habían suspendido el juicio, les llegó al momento, fortuitamente, la imperturbabilidad, tal como la sombra sigue al cuerpo», Sexto, *H.P.*, I, 28-29



hombre debe actuar con indiferencia hacia las cosas, no pronunciarse sobre ellas, pues *no existe ningún sistema capaz de asegurar la verdad o falsedad de las mismas*: fórmula que no está construida ni como afirmación ni como negación, sino que expresa únicamente la imposibilidad del que habla para poder aceptar alguna alternativa. Este acuerdo sobre nuestras impresiones conduce a la tolerancia, pues el que comprende el mundo de esta forma debe acordar lo mismo para el mundo de los demás.

En consecuencia, la causa original del verdadero escepticismo es *la esperanza de alcanzar la ataraxía* mediante la investigación de la verdad de las cosas. Ahora bien investigar no significa dogmatizar: el escéptico con su obra investiga, pero no dogmatiza; es decir, no afirma o niega nada sobre las cosas que investiga. Cuando al escéptico no le queda más remedio que decir alguna cosa positiva o negativa sobre algo, no será una afirmación o negación en el sentido absoluto de la palabra, sino que en todas las fórmulas escépticas que afirman algo como: No comprendo; nada defino; no más esto que aquello otro; tal vez sí, tal vez no; todo es incomprendible; ¿Por qué esto más bien que eso?; suspendo el juicio; siempre habrá que *sobreentender* «según me parece».

Sexto encuentra un paralelo entre esta actitud y los fármacos catárticos que aplicados a las enfermedades (el dogmatismo), no sólo expulsan del cuerpo la dolencia, sino que también son arrojados ellos mismos por igual procedimiento<sup>53</sup>. La propuesta escéptica es bastante novedosa. Las fórmulas escépticas al suprimir toda certeza no tienen más remedio, si quieren ser consecuentes, que suprimirse a sí mismas. La estrategia de Sexto consiste en aceptar como necesidad argumentativa la auto-refutación de sus argumentos y así como *no es imposible para un hombre utilizar una escalera y después de ascender por ella echarla abajo*, tampoco es imposible utilizar unos argumentos para destruir al dogmatismo, no procediendo arbitrariamente sino dialécticamente, y destruir, posteriormente, los argumentos mismos<sup>54</sup>.

## 5. Conclusiones

En resumen, no cabe duda que Pirrón era un hombre honesto, con tranquilidad de ánimo que intentaba armonizar su vida y su filosofía, su manera de vivir y su manera de pensar. Un filósofo que persigue un ideal de vida necesario en cualquier época, pero más en la época helenística, en la que el griego tuvo que proponerse nuevos horizontes, pues los que habían regido su existencia hasta ese momento ya no servían. Así, en este período tiende a replegarse en sí mismo, inclinándose más a la individualidad y a la búsqueda de la felicidad. Todos estos extremos eran cumplidos por Pirrón, que gustaba, según Diógenes, de la soledad y evitaba la muchedumbre para no verse atrapado por el compromiso social que le impedía alcanzar como meta la *ataraxía*, ideal en el que coinciden también los epicúreos: otro de los movimientos filosóficos que intentará dar nuevas pautas al hombre helenístico.

53 «Acerca de todas las expresiones escépticas, debemos saber primero que no aseguramos en absoluto que sean verdaderas, ya que podemos decir en verdad que pueden también ser refutadas por ellas mismas, puesto que están incluidas en las cosas a las que aplican, de la misma manera que los fármacos catárticos no sólo expulsan del cuerpo los humores, sino que también ellos mismos se expelen con los humores», Sexto, *H.P.*, I, 206.

54 «Y a su vez, así como no es imposible para el hombre que ha ascendido a un lugar elevado mediante una escalera, lanzar la escalera con su pie tras el ascenso, así tampoco es imposible que el escéptico tras haber llegado a la demostración de su tesis por medio del argumento que prueba la no-existencia de la prueba, como si fuera una escalera debería invalidar este mismo argumento», Sexto, *M.*, VIII, 481. Este argumento de la escalera pudo servir de ejemplo al de Wittgenstein sobre las enunciaciones: «Mis enunciaciones son de tal condición que aquél que me comprende termina por considerarlas carentes de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Por así decirlo debe tirar la escalera después de haber subido por ella)», Wittgenstein, L., *Tractatus Logicus-Philosophicus*, 6.

La importancia que tiene, pues, Pirrón en la historia de la filosofía no puede reducirse sólo a su figura, que parece ser lo que más claro aparece en los textos; sino también a las posibilidades que inaugura su actividad filosófica en lo que concierne al desarrollo de la filosofía escéptica. Pirrón es un filósofo que descubre los problemas del pensamiento tradicional griego e intenta, después de tomar contacto con el oriente en su viaje con el séquito de Alejandro, traducir todo su aprendizaje a un tipo de pensamiento en el que teoría y praxis se incorporan de forma equilibrada, con el único fin de conseguir por encima de todo la ataraxía. De ahí que muchos textos hablen de la docilidad con que Pirrón se sometía a todos los asuntos cotidianos, ya fuese hacer la limpieza de la casa, llevar pajarillos al mercado, lavar un cerdo o sufrir con paciencia las dolorosas curas de las heridas.

Así pues, el movimiento filosófico que surge de Pirrón, que será denominado posteriormente pirronismo y se identificará, en un sentido más amplio con escepticismo, se constituye a partir de algo inexistente como sería una doctrina dada por un maestro, pero su vitalidad surge del aprovechamiento de sus discípulos del mensaje de Pirrón. Un mensaje que es único y cuya característica más significativa en la historia del escepticismo es la constante reconstrucción que se realiza de él, cada vez más en sentido teórico y cognoscitivo. Estamos, pues, ante una construcción laboriosa determinada tanto por las necesidades propias del proceso de las ideas, como por las exigencias del hombre que las creó. Esta impresión viene dada más por el impacto que, al parecer, su persona ejerció entre su contemporáneos y discípulos, que por las posibles características teóricas o técnicas de su filosofía.

Es evidente que Pirrón fue un hombre preocupado e interesado por las cosas y por la felicidad, y nadie puede dudar que esa pregunta teórica por las cosas, cimenta una actitud práctica fundamental. Ello refuta esa imagen de insensatez que preside algunas de las anécdotas transmitidas por Diógenes Laercio y que han justificado una consideración de Pirrón, a veces, ridícula. Anécdotas que, como hemos visto, adquieren sentido y significado al ser aprovechadas por Pirrón para presentar a los que le escuchaban su posición personal ante las cosas, de forma pedagógica. Independientemente de su filosofía, su vida se convirtió en un modelo de conducta irreprochable. Sus conciudadanos supieron advertir estas virtudes y lo veneraron igual que después hicieron sus discípulos, los cuales comprendieron que, en justicia, había que colocarlo como cabeza del movimiento escéptico. A ellos debemos en gran parte el conocimiento de su filosofía, pues él no escribió nada. Si siguieron exactamente o no al maestro, tampoco le hubiese importado mucho, pues también a lo afirmado por ellos le habría aplicado la fórmula *ou mállon*, necesaria para llegar a la suspensión y a la tranquilidad. Pirrón representa, pues, la primera gran figura del *hombre helenístico*, si exceptuamos a Alejandro, que propicia una ruptura con el hombre griego clásico, que se centra en la imposibilidad de desligar, a partir de ahora, al hombre teórico y al práctico. La filosofía no es teoría sin vertiente práctica, sino más bien, como afirmaba también el propio Epicuro, un «saber para la vida»<sup>55</sup>.

Ciertamente existe entre los escépticos una renuncia a la «sabiduría», ya que intentan encontrar el medio para salir de la servidumbre de las opiniones. La razón de esta actitud es clara, no cree que la filosofía dogmática (toda filosofía excepto la escéptica) sea capaz de llevar al ser humano a la felicidad. No sabemos si al final Pirrón consiguió ser feliz o no; por contra, sí conocemos, según los testimonios, que *permaneció pobre, no sacó partido de su duda y su vida fue simple, austera e irreprochable*. Todo un modelo que no estaría de más rescatar. En fin, el escepticismo es una cura de humildad, una cura frente al dogmatismo, si bien como terapia filosófica de

55 Cf. Epicuro, frag. 219, 221, Us.

la sensación que propicia lo que en todos los balnearios: se recupera la salud, pero se pierde un poco el corazón.

Estos límites también los conocía el propio Pirrón. Una de esas anécdotas singulares que tantas cosas nos dicen a veces sin ser consciente de ellas nos lo demuestran. Diógenes cuenta que una vez un hombre insultó a Filista la hermana de Pirrón<sup>56</sup>. Éste se permitió encolerizarse saliendo así de esa indiferencia tan pirrónica. Se ve que el amor filial y la necesidad de proteger a una mujer indefensa, es decir el nivel más sencillo y natural de preocupación por los demás, seguía siendo coherente con el escepticismo<sup>57</sup>. Nussbaum así lo reconoce también cuando cree ver en esta acción la imposibilidad de vivir el escepticismo de manera «absoluta», ya que nos llevaría a actuar contra nuestra propia naturaleza; y añade que esta idea va contra uno de los elementos más propios del ser humano que es la sociabilidad, «el ser uno entre otros y ser capaz de contraer compromisos estables con los demás, tanto individualmente como en grupo»<sup>58</sup>. Quizá, y aun reconociendo el amplio ámbito del pirronismo, existen dos esferas –como ella misma señala– en dónde no cabe ser escéptico de manera radical: la persona y la ciudad que uno ama. En esos dos espacios la ausencia de perturbación nos llevaría a no tener ni cuidados, ni compromisos, haciendo gala de indiferencia, anularía a la larga la fundamental apelación a la felicidad. Pirrón supo equilibrar estos dos elementos en principio contradictorios. Así lo vieron sus conciudadanos que le reconocieron, como hemos visto, una existencia digna de recuerdo con una estatua en el centro de la plaza pública, y con un compromiso singular: apoyar con la exención de impuestos a todos los filósofos que como él residieran en Elis, su ciudad.

56 «Estando encolerizado con uno que insultó a su hermana, que se llamaba Filista, él respondía a quien lo reprendía, que no había de buscar en una mujercilla el testimonio de su indiferencia», D.L., IX, 66. Brunschwig, J., basándose en los detalles suplementarios que Aristocles cuenta de esta anécdota (citada por Eusebio, *Praep. Evang.* XIV, 18), no ve en esta frase una manifestación de misoginia ordinaria, sino más bien una censura sutilmente irónica a la crítica de su interlocutor, ver nota 6, p. 1103 de la traducción *Diogène Laërce, Vies et doctrines des philosophes illustres*, La Pochoteque, Varese, 1999, lo cual es más interesante por lo que viene después.

57 Una anécdota referida también como la anterior por Aristocles, y que aparece en Diógenes inmediatamente después, orienta la intención de Pirrón al reconocer la imposibilidad de vivir «absolutamente» una vida sin creencias: «Turbado un día por el asalto de un perro, a uno que lo reprendía le dijo que era muy difícil despojarse enteramente de lo que es el hombre», D. L., IX, 66, vid., *supra* nota 42.

58 Nussbaum, M., *The Therapy of Desire. Theory and Practice in Hellenistic Ethics*, 1994, New Jersey, existe traducción castellana: *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*, Barcelona, 2003, p. 393. Observa más adelante (610) que la falta de compromiso con los seres amados, con su país o siquiera con su pasado, con sus gustos o su carácter, le brinda una vida de notable seguridad, pero empobrece el yo y lo hace indigno de confianza para los demás. Sin embargo, esta calificación contrasta con la realidad, ya que nosotros sabemos que los ciudadanos de Elis consideraron la actitud de Pirrón como depositaria de alabanza y recuerdo.

